

bajo, ofreciendo vuestras ocupaciones á Dios... Así como un soldado no se lanza al combate sin estar protegido por sus armas; de igual manera un cristiano no debe principiar su jornada sin haber hecho su oración. Antes de sus ocupaciones, eleve su corazón hácia el Padre que tenemos en los cielos, ofrézcale sus fatigas; y su mismo trabajo se convertirá en una oración. A un cristiano no le está permitido principiar un trabajo, cualquiera que sea, sin haber orado. » Y luego añadía el santo: « ¡Sea vuestra arma la oración cuando dejéis vuestras moradas; séalo también cuando volvais á entrar en ellas; ella os acompañe en vuestros trabajos; jamás descanséis en vuestra cama este cuerpo tan frágil, que la muerte puede matar en un instante, sin haber fortalecido también vuestra alma con la oración (1)!... » Tales son, hermanos míos muy amados, las lecciones de este santo doctor; ¡ojalá las hayamos escuchado con atención!... ¡El Dios de misericordia nos otorgue la gracia de que las sigamos con fidelidad!... Así sea.

## INSTRUCCION CUARTA PRELIMINAR

¿ QUÉ ES UN SACRAMENTO ? ¿ CUANTOS SACRAMENTOS HAY ?

TEXTO. — *Data est mihi omnis potestas in celo et in terra : Eunt ergo, etc.* Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra : Id pues á instruir á todas las naciones, bautizando, etc..

( SAN MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18. )

EXORDIO. — Hemos dicho, hermanos míos, en las instrucciones precedentes, que la gracia, este don de Dios sobrenatural y puramente gratuito, era indispensable para nuestra santificación, y que, sin

(1) *Egredientem igitur de hospilio armet oratio. Regredientem de platea comiletur, cum ambulante ambulet, cum operante collaboret, nec prius corpusculum requiescat in strato quam anima precibus reficiatur.* San Lorenzo Justiniano, *de Oratione*, c. VI, y *de Ligno vitæ, passim.*

la gracia, nada podemos hacer que sirva para la salvación, que sea meritorio para el cielo... Jesucristo, os decía yo, es quien, por su Pasión y muerte nos mereció este precioso don; y añadía, con el catecismo, que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos, es como se nos comunica esta sávia divina. — Dije mal... Para emitir bien mi pensamiento, debía decir que por medio de la oración y sobre todo por medio de los sacramentos es como se viene como á filtrar en nuestras almas, como las baña, las riega, las penetra, ne una palabra, las da la belleza, la fecundidad y la vida delante de Dios...

En las instrucciones siguientes, y hasta en la actual, os hablaré de los sacramentos... Pero antes de empezar este importante asunto, preséntase á mi imaginación una consideración tan triste como verdadera... Cuanto más frecuentes y múltiples son las maravillas de Dios, menos pensamos en ellas... La naturaleza, amodorrada durante el invierno, despiértase en la primavera; las secas praderas se cubren de verdor y no tardan en venir mil flores, de los más variados colores, á adornarlas como con un rico tapiz; cada año vemos esta maravilla, y no hacemos caso de ella... Los árboles han reverdecido, sus flores se han abierto, las ramas de nuestros verjeles se doblegan bajo su preciosa carga; nosotros contemplamos este espectáculo, y no hacemos caso de él... Nó, no le hacemos caso; porque, hermanos míos, si nuestro corazón no se eleva hácia Dios para dar gracias á su Providencia por todas estas maravillas, que dan vueltas en beneficio nuestro, ¡la verdad! es que no hacemos caso de ellas, ó cuando menos que no las comprendemos como las deberíamos comprender...

¡ Oh maravillas espirituales realizadas en las almas por los sacramentos, mucho más desconocidas sois aún !... Pocos hay que piensen en dar gracias, en adorar á la inmensa misericordia de Jesús que os instituyó... ¡ Dios mio, dignaos perdonarnos, porque realmente somos muy ingratos !...

PROPOSICIÓN. — Carísimos hermanos, mi intención, mi objeto principal, al explicaros los sacramentos, será no solamente inspiraros veneración por estas invenciones de la bondad del Señor, sino y principalmente hacer brotar de vuestros corazones un himno de recono i-

miento para el Jesús de la cruz, para el Jesús del Bautismo, para el Jesús de la sagrada Eucaristía. Preciso será que, á la vista de tanto amor, repitamos todos en coro : ¡ Jesús, cuán bueno sois, y cuánto nos habeis amado !...

División. — Esta mañana contestaré sencillamente á dos preguntas del catecismo : *en primer lugar*, qué es un sacramento, y *en segundo lugar*, cuántos sacramentos hay...

*Primera parte.* — ¿ Qué es un sacramento ? Todos vosotros, adelantándoos á mi pensamiento, contestais de antemano : Un sacramento, es una señal sensible instituida por nuestro Señor Jesucristo, para darnos la gracia y santificar nuestras almas. — Esta es en efecto, hermanos míos, la definición que el catecismo da de los sacramentos de la ley nueva... Un sacramento es una señal sensible, es decir, algo exterior que afecta á uno ó á varios de nuestros sentidos... En el Bautismo, se derrama agua sobre la cabeza del niño ; en la Confirmación, el obispo unge la frente del cristiano á quien confirma, y así con los demás sacramentos ; todos son signos exteriores á los cuales Nuestro Señor Jesucristo, en su bondad y omnipotencia, ha aplicado una gracia infalible...

He dicho que los sacramentos estaban instituidos por Nuestro Señor Jesucristo. — ¿ Podrían los ángeles establecer sacramentos ? Nó, hermanos míos... Y vos, dulce Virgen María, tan misericordiosa, tan buena y tan poderosa, decidme, ¿ tendríais el poder de establecer un sacramento ? — Nó, hijos míos. — ¿ Y porqué pues, Reina del cielo, no lo podríais hacer ? Y sin embargo la fé y la experiencia nos enseñan que vuestro Hijo nada os puede negar. — ¡ Ah ! amigos míos, nos dice ella, la gracia es un tesoro que pertenece á mi Hijo : únicamente él tiene el derecho de disponer de ella, de prescribir las condiciones bajo las cuales se dignará derramarla sobre vuestras almas. — ¿ Habeis comprendido bien, hermanos míos ? Jesucristo es el único dueño de la gracia, el único que posee la llave de este inmenso tesoro, el único que ha podido establecer los sacramentos que nos hacen participar de este precioso don...

Me direis tal vez : — ¿ Cómo puede ser que un signo exterior produzca un efecto espiritual ? ¿ Cómo puede ser que el agua derramada

sobre la cabeza del niño obre sobre su alma borrando la mancha original ?... ¡ Qué ! el obispo traza sobre mi frente la señal de la cruz, diciéndome : « Yo te confirmo » y esta unción bien recibida me hace soldado de Jesucristo, comunica á mi alma la energía necesaria para confesar mi fé y padecer el martirio si es preciso ? ¡ Esto es un misterio !.. — Sí, carísimos hermanos, nuestros sacramentos son misterios... Pero, una simple comparación os hará comprender tal vez la posibilidad de estos misterios...

Imagináos á un hombre rico, que posee una fortuna inmensa ; este hombre hace un billete en favor vuestro, coje un pedazo de papel y en él escribe estas sencillas palabras : « Reconozco deber á fulano de tal la cantidad de cuatro mil duros reembolsables á la presentación de este billete. » Firma, y luego ; ya está listo !.. Este papel, poco antes sin valor, representa desde este momento una suma importante... Carísimos hermanos, Nuestro Señor Jesucristo posee, como hemos dicho, un inmenso tesoro de gracias y méritos adquiridos por medio de sus humillaciones, sufrimientos y dolorosa Pasión. Él ha dicho bajo qué condiciones os los quería comunicar : los signos exteriores de los sacramentos son como otros tantos billetes que se ha encargado de llenar. El agua derramada sobre la cabeza de un niño, por sí sola, ningún valor tendría ; pero Jesucristo ha dicho : « Cuando hagais este acto invocando al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, yo purificaré el alma de ese niño, yo la colmaré de mi gracia. » Sabemos que tiene poder bastante para hacerlo. Ved ahí, hermanos míos, la manera como estos signos exteriores que se llaman sacramentos, santifican nuestras almas, borran nuestros pecados y nos hacen justos y agradables á los ojos de Dios...

*Segunda parte.* — Veamos ahora cuántos sacramentos hay... La Iglesia católica enseña que hay siete sacramentos : el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, la Penitencia, la Extrema-unción, el Orden y el Matrimonio... Pocas verdades hay que hayan sido tan controvertidas por los herejes ; pero, desde el siglo segundo, san Ireneo, obispo de Lyon, refutaba, en un sábio libro, á los sectarios de su tiempo... Los protestantes mismos conservaron en un principio cinco sacramentos, después cuatro, luego tres, más adelante dos... Y como una vez en

esta fatal pendiente del error, se va rodando, como piedra que descien- de de una montaña hácia el abismo, muchos de ellos han acabado hoy por negar hasta la necesidad del Bautismo...

La Iglesia católica congregó á sus obispos de todos los ángulos del mundo, para confundir á Lutero, á Calvino y á los discípulos de estos iherarcas. Espectáculo solemne fué el ver aquella venerable asamblea de muchos centenares de obispos, casi todos encanecidos por los trabajos del apostolado, afirmar la creencia de la Iglesia universal. «Si, dijeron, Jesucristo estableció siete sacramentos: el Bautismo, la Confirmación, la Eucaristía, la Penitencia, la Extremaunción, el Orden y el Matrimonio: si alguno niega esta verdad, sea arrojado de la comunión de los fieles y sea anatema (1).» En vano habeis intentado, discípulos de Calvino y de Lutero, rebelaros contra esta sentencia; el anatema ha traído sus frutos: rama siempre más árida y seca, habeis sido cercenados de esta Iglesia universal que, cual árbol majestuoso, cubre el universo entero con sus ramas... Astros siempre más sin brújula y sin guía, se ve, en efecto, al infame Lutero y al repugnante Calvino extraviarse cada vez más por los vastos espacios del error, y morir como réprobos, sin recibir los consuelos que proporcionan los sacramentos que fortalecen á todo buen cristiano en la hora de su muerte...

Carísimos hermanos, un piadoso autor refiere á propósito de los siete sacramentos la parábola siguiente (2): «Vivía, dice, en cierto país un médico tan célebre por su talento como por su caridad para con el prójimo. El país donde habitaba tenía una vasta extensión: multitud de enfermos llenaba las ciudades y los pueblos. Los otros médicos no podían con ellos: mas el hábil doctor de que hablamos había descubierto siete plantas maravillosas, que curaban todas las enfermedades. Lleno de bondad y humanidad para con aquellos pobres enfermos, cuyos sufrimientos lastimaban su corazón, prescribía á cada uno una de aquellas siete plantas, según la naturaleza del mal que le atormentaba, y los que seguían fielmente sus prescrip-

(1) V. *Concilio de Trento*.

(2) Filoteo, año 5º. En el *Grand Catéchisme* de M. d'Hauterive, t. IX, pág. 201.

ciones recobraban una perfecta salud...» ¿Cuál es, hermanos míos muy amados, este hábil doctor? ¿Cuáles son esas siete plantas maravillosas?... El doctor es nuestro divino Salvador, tan humanitario ante las miserias de nuestra naturaleza, y siempre dispuesto á curarnos, si nosotros queremos recurrir á él... Las siete plantas destinadas á hacer desaparecer los males y enfermedades de nuestras almas son los siete Sacramentos... Pobrecito niño que acabas de nacer, ¿cuán enferma está tu alma!... El pecado original la cubre á manera de inmunda lepra; mas esta divina planta que se llama el Bautismo va á limpiar tu lepra y á darte la salud y la vida... ¿Os sentís débiles, desfallecidos? Ahí el médico divino os ha preparado, en la Confirmación y en la sagrada Eucaristía, una especie de poción divina y cordial, que ha de devolveros la fuerza y hacer desaparecer en vosotros este estado de desfallecimiento... ¿Os devora la fiebre?... ¡Ah! muy malos estais, vuestra enfermedad os llevará tal vez á la muerte... Ahí teneis una planta maravillosa que se llama la Penitencia... Sus jugos pueden ser amargos; pero, tenedlo por seguro, sus efectos son infalibles; haced uso de ella y os curaréis.. Y así, hermanos míos, de los demás Sacramentos... Sí, son unas plantas saludables, unos remedios divinos, que Jesucristo ha puesto á nuestra disposición, y que, trayéndonos la gracia, deben curar todas las enfermedades de nuestras almas...

Mas ¿porqué hay siete Sacramentos?.. Voy á probar, hermanos míos, de explicároslo en lo posible. «Dios, dice santo Tomás (1), que todo lo dispone con orden y medida, ha establecido cierta semejanza entre la vida de nuestros cuerpos y la de nuestras almas. Para que el hombre pueda llenar su misión de hombre privado y de ciudadano formando parte de una sociedad, son necesarias siete cosas... Es menester, primeramente, que nazca; en segundo lugar, que crezca y se haga fuerte; necesita alimento; si está enfermo, hay necesidad de remedio para curarle; hay más, se requieren ciertos cuidados para hacer desaparecer las consecuencias de la enfermedad; además, como el hombre ha nacido para la sociedad, se necesitan je-

(1) *Apud Billuart*.

fes para regirle y gobernarle. Finalmente, para que la sociedad no perezca, se requiere la unión legítima del hombre y de la mujer al objeto de conservar el género humano... Es la imagen de los siete Sacramentos: los unos indispensables, los otros muy útiles para la vida de nuestras almas... El Bautismo nos hace nacer á la gracia; la Confirmación nos fortalece; la sagrada Eucaristía nos alimenta; encontramos en la Penitencia un remedio que nos cura, y la Extremaunción borra en nosotros los restos del pecado; el sacramento del Orden consagra, en cierto modo, á los sacerdotes y obispos que deben regir las almas y gobernar la Iglesia; por último, la propagación de los hijos de Dios y su educación cristiana son los frutos del sacramento del Matrimonio.»

Ved ahí, hermanos míos muy amados, cómo y por qué Jesucristo quiso instituir los Sacramentos en número de siete y no más que siete... Debo deciros que este número misterioso estaba figurado en la ley antigua. Siete trompetas anunciaban á los Judíos el año santo del Jubileo, y les recordaban el regreso á la patria de donde habían sido desterrados. De igual manera los Sacramentos anuncian á los fieles el tiempo de gracia que Jesucristo nos trajo, tiempo en el cual podemos obtener el título de hijos de Dios, y el derecho de entrar en la patria celestial... Siete sellos cerraban el libro de vida, que san Juan divisó á la diestra del eterno Dios; únicamente el Cordero, es decir Jesucristo, podía romperlos é inscribir luego los nombres en aquel divino libro... Así los siete Sacramentos, que Jesucristo nos ofrece, son como siete sellos, que él rompe en nuestro favor, y por cuyo medio nos abre los tesoros de su gracia y el acceso cerca de aquel Padre omnipotente, que tenemos en el cielo (1)...

PERORACIÓN. — Pero hemos de concluir... Carísimos hermanos, una palabra todavía... Mas que sea un acto de reconocimiento y de amor hácia nuestro adorable Salvador... ¡Dulce Jesús, vos os hicisteis niño para arrancarnos de la esclavitud de Satanás; vivisteis en la pobreza, sufristeis persecuciones, habeis suportado el suplicio de la flagelación, y las torturas del Calvario!... ¡Oh! más que suficiente era para nuestras al-

(1) V. d'Hauterive, *Grand Catéchisme*, t. IX, pág 131 y siguientes.

mas; era hasta demostrar demasiado amor á miserables pecadores!... Y sin embargo no era suficiente para vuestro corazón; buscasteis, y vuestra ingeniosa ternura encontró en los Sacramentos medios infalibles de proporcionarnos los auxilios que nos son necesarios. ¡Ah! sed para siempre bendecido!... Y nosotros, hermanos míos, tomemos la resolución, no solamente de estimar los Sacramentos, sinó también de recibirlos con fe, con piedad y con amor... Así sea.

## INSTRUCCION QUINTA PRELIMINAR.

NATURALEZA DE LOS SACRAMENTOS: MATERIA, FORMA, MINISTRO.

TEXTO. — *Data est mihi omnis potestas in cælo et in terra, etc...*  
 Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra; id pues, instruíd á todas las gentes, bautizándoles, etc...

(S. MATEO, CAP. XXVIII, VERS. 18.)

EXORDIO. — Hermanos míos, un fenómeno, ó para explicarme con mayor claridad, una causa sorprendente y digna de admiración, que todos los días tenemos delante de los ojos, y sobre la cual no reflexionamos bastante, es la educación, la formación, por decirlo así, de la inteligencia de un niño... Padres que me oís, vais á escucharme, á comprenderme, de seguro... y después de las explicaciones que voy á daros, direis: Es mucha verdad...

¡Pobres pequeñuelos, cuán débiles nacemos!... «¿Vivirá? ¿no vivirá?» se ha dicho de cada uno de nosotros en la hora de nuestro nacimiento... Después aquella cariñosa mujer, que Dios nos había dado por madre, nos cojió en sus brazos, nos estrechó contra su corazón y nos alimentó con su leche... Un año tal vez había transcurrido en que nuestra buena madre cada día nos hablaba sin que nosotros la comprendiésemos... Por último, cierta noche, un hombre muy fatigado venía á sentarse junto al hogar, nos miraba con amor, nuestra